



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



VII Domingo durante el año
20- II- 2011

Textos:

Lev.: 19, 1-2. 17-18.

I Cor.: 3, 16-23.

Mt.: 5, 38-48.

“Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué recompensas merecen?”

El cumplimiento de la ley, sobre el que hemos meditado el domingo pasado, viene evidenciado hoy por el mandamiento de Jesús sobre el amor *también* hacia los enemigos. Esto constituye una de las novedades características del Evangelio.

Esta novedad queda de manifiesto en el pasaje del Libro del Levítico que hemos proclamado, es mencionado el mandamiento del amor: “ama a tu prójimo como a ti mismo”. Su practica se especifica en algunas situaciones concretas: no al odio hacia el hermano, no a la venganza, no al rencor, si a la reprensión. Y se nos dice que con el amor hacia el prójimo se tiende a la santidad, si bien frecuentemente en el Antiguo Testamento el concepto de santidad del hombre se refiere más a una perfección exterior que aquella, propia del Nuevo Testamento, y que implica la profundidad de nuestra alma.

Desde criterios puramente humanos, lo que Jesús enseña va más allá de nuestras fuerzas; si a esto sumamos un clima marcado por las confrontaciones, rispideces, agresiones; las palabras del Señor resultan casi una utopía.

Primero reconocemos, como dijimos el domingo pasado, que el evangelio supera y plenifica la Antigua Alianza: “La ley mantenía al Israel infiel en el temor y reprimía la inclinación a la ofensa con el contrapeso de otra ofensa. En cambio la fe no permite que el resentimiento por una ofensa sea tan grande como el de solicitar venganza (...). Así los Evangelios no solo no mandan abstenernos de cometer un mal, sino que incluso buscan olvidar la ofensa y la venganza” (San Hilario de Poitiers, *sobre el Ev. de Mateo*, 4, 25).

El domingo pasado afirmábamos que el homicidio nace de la ira y el adulterio de la concupiscencia, hoy, desde el evangelio decimos que el odio de los enemigos es destruido por el amor de amistad.

La clave para comprender la moral evangélica, es el amor: “Cuanto más se ama, más dispuesto se está a aceptar todo, soportar todo, por más injusto que sea, de parte de quienes son amados por aquel a quien uno ama; se está dispuesto a darlo todo, a ceder todo. Es entonces (nos dice Jesús) natural y justo que, por amor por mí, cedas en todo ante cada uno, de esos seres humanos que Yo quise hasta dar mi sangre por ellos y estés pronto a aceptar, soportar de ellos, cualquier injuria... Tampoco te asombrarás de que te dé tales mandamientos, te ordeno a amar a los hombres como yo mismo los he amado” (Charles de Foucauld: *Leyendo el Evangelio de Mateo*).

En definitiva la voluntad de Dios es que los seres humanos vivamos como hermanos, con ese acuerdo, esa unión, esa ternura y esa paz que un padre amante desea ver en sus hijos: “Ustedes son todos hermanos... Tienen un solo Padre”.

Lo que resume estos mandamientos es lo que nos dice Jesús: “Todo lo que deseen que los demás hagan por ustedes, háganlo por ellos: en esto consiste la Ley y los Profetas” (Mt. 7, 12). Pero en esta cultura en la que se defienden los derechos pero no se asumen las obligaciones; “Nosotros conocemos muy bien la primer parte de la sentencia que jamás la descuidamos; la segunda, la omitimos, como si de hecho no la conociéramos” (San Agustín, Serm. 49, 7-9). El cumplimiento de esta sentencia supone desarrollar la capacidad de ponernos en el lugar del otro, superando el subjetivismo que nos instala en una suerte de un nocivo “autismo” y nos lleva a vivir en una burbuja.

El Señor culmina exhortándonos a superar la “ética” del “sentido común”: “Quien quiere a su amigo, ciertamente no comete pecado, pero no se ocupa de la justicia. En realidad está en la mitad del bien, ya que el hombre se aparta del mal, y no persigue el bien. Es perfecto, sin embargo, el que no solo huye del mal, sino que también hace el bien” (Anónimo, *Obra incompleta sobre el Ev. de Mateo*, 13).

“Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo”, Jesús nos da esta consigna y nos enseña que todas las cosas se perfeccionan con la bondad. Esto supera la antigua Ley que “obligaba al amor al prójimo y concedía la libertad de odiar al enemigo. En cambio la fe manda amar a los enemigos y mediante el sentimiento universal vence los impulsos de violencia en el espíritu humano no solamente al impedir a la cólera de venganza, sino también aplacándola hasta amar a los que nos han causado perjuicio. Amar a los que nos aman es propio de paganos” (H. de Poitiers).

Por último el Señor nos ordena amar a los demás no solamente como nosotros nos amamos, sino como Él nos ama.

San Pablo, en el pasaje de la I Carta a los Corintios que hemos escuchado nos da la motivación del mandamiento del amor hacia el prójimo y hacia los enemigos. “Nosotros somos templos de Dios”. Significa que nuestra alma y nuestro corazón se transforman en casa de Dios, en Cenáculo divino cuando, el Espíritu Santo habita en nosotros con su fuerza. Esta habitación divina exige de nosotros el amor hacia los hermanos, aunque sean nuestros enemigos.

Pidamos al buen Dios la gracia necesaria para cumplir sus mandamientos y para comprender que “Una sola cosa es necesaria”: *amar a Jesús y hacer lo que le agrada a cada instante*.

Amén

G. in D.